

SALE TODOS LOS DIAS.

Se suscribe en Madrid en el despacho de la Imprenta nacional, y en las provincias en todas las Administraciones de Correos.

Precios de suscripcion en Madrid.

Por un año	260 rs.
Por medio año.....	150
Por tres meses.....	65
Por un mes.....	22



PRECIOS DE SUSCRICION.

<i>En las provincias.</i>	
Por un año.....	360 rs.
Por medio año.....	180
Por tres meses.....	90
<i>En Canarias y Baleares.</i>	
Por un año.....	400
Por medio año.....	200
Por tres meses.....	100
<i>En Indias.</i>	
Por un año.....	440
Por medio año.....	220
Por tres meses.....	110

GACETA DE MADRID.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

La Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia continúan en esta corte sin novedad en su interesante salud.

MINISTERIO DE ESTADO.

Ayer á las seis de la tarde se dignó recibir la Reina nuestra Señora en audiencia de despedida al Sr. D. Fermín Toro, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Venezuela, el cual dirigió la palabra á S. M. en los términos siguientes:

«Señora: Cumplido el principal objeto de mi mision cerca de V. M., mi Gobierno ha creído conveniente mandarme retirar de esta corte.

Al presentar á V. M. mis letras revocatorias, tengo órden de expresar á V. M. y á vuestro augusto esposo los sentimientos de amistad y cordialidad que animan á mi Gobierno hácia vuestras Reales personas, y la confianza firme de que las relaciones entre los venezolanos y españoles, cimentadas hoy mas que nunca por el acto mas solemne y sagrado que puede ligar dos naciones, serán bajo los auspicios de ambos Gobiernos amistosas, recíprocamente útiles, imperturbables é impercederas.

Yo parto, Señora; y al tomar el beneplácito de V. M., séame permitido añadir la expresion de mi profundo reconocimiento por las muestras de benevolencia con que V. M. se ha dignado honrarme durante mi permanencia en esta corte. Conservaré por siempre en mi memoria con un sentimiento de orgullo el recuerdo grato de haber presenciado la augusta ceremonia que ha dado á V. M. un esposo, y ha asegurado á la nacion española sus mas gratas esperanzas.»

S. M. se dignó contestar:

«Con mucho sentimiento mio veo alejarse de mi corte á una persona que en el breve tiempo de su permanencia ha sabido ser intérprete tan digno de su país, poniendo el sello á la firme y sincera reconciliacion de Venezuela con España.

Al regresar cerca de vuestro Gobierno no dudo que le confirmareis de nuevo mi decidida voluntad y ardiente deseo de estrechar mas y mas cada dia los vínculos fraternales que unen á ambas naciones, y que confío en Dios serán de inalterable duracion.»

PARTE NO OFICIAL.

NOTICIAS EXTRANJERAS.

AFRICA.

Argel 10 de Noviembre.

El mariscal duque de Isly llegó en la tarde del 5 con su familia: en el desembarcadero fue recibido por los principales funcionarios. Sin embargo de que la primer noticia que se tuvo de su llegada fue el saludo que hizo la batería del muelle, todos se apresuraron á salir á su encuentro. El mariscal llegó un poco indispuerto; mas su estado no inspira ninguna inquietud.

El sacudimiento del terremoto, que apenas se sintió en esta, fue muy violento en Cherchel. Nos escriben que en el momento de sentirse, todos los habitantes abandonaron sus casas, y hasta los soldados salieron de su cuartel: este edificio ha sufrido mucho, pues todo él ha quedado gtietedo.

El rio Cluffa ha salido de madre como el Arrach: verdad es que no ha causado la muerte de ninguno de los ribereños, pero ha destruido el magnifico camino que acababa de construirse despues del atrevimiento y la perseverancia que se han manifestado en la ejecucion de esta gigantesca obra. Las comunicaciones con Medea están completamente interrumpidas por la garganta del Cluffa. Muchos son los destrozos que ha ocasionado: la roca sobre la que pasaba el camino, minada por su base, ha cedido por muchas partes, y toda ella amenaza hundirse. Un magnifico trabajo digno de los romanos ha desaparecido en pocas horas, y el incidente que ha sobrevenido no permite emprender una obra tan gigantesca, y que naturalmente por sí mismo perecerá, siendo preciso volver al antiguo camino por la ribera y pasar por

el desfiladero ó Collado de la Mouzaya cuando empiecen las aguas.

Las lluvias, que han ocasionado los torrentes y los desbordamientos del Arrach y del Cluffa, se han experimentado igualmente en Miliana. Diez ó doce casas que se estaban construyendo han desaparecido, y lo mismo ha sucedido con otras muchas que hacia poco las habian concluido. Afortunadamente ninguna de ellas estaba habitada: así es que no tenemos que lamentar la muerte de ninguna persona. Mr. Fargue, grómetra experto en Blida, que es el que nos trasmite estos detalles, dice que el camino que abrieron los ingenieros de Miliana á Blida está completamente destruido: toda comunicacion en carruajes es imposible, y que segun sus cálculos se necesita para rehabilitarlo el que un regimiento entero trabaje durante dos meses, y esto para que solo puedan transitar carruajes con alguna exposicion. Todo el mundo necesariamente ha de sufrir mucho, y las plazas de Miliana y Blida han de sufrir escaseces, pues las conducciones de viveres se han de hacer por caballerias, y el poite de cada una costará de 60 á 80 rs. (Akhabar.)

ITALIA.

Roma 7 de Noviembre.

Mañana domingo es el dia destinado por el Papa para tomar posesion en San Juan de Letran, su iglesia episcopal, y esta ceremonia es lo que se llama *posseio*. Hace muchos siglos que no se hacia esta ceremonia: el Papa monta una mula blanca, y le sigue toda su corte á caballo y en trajes históricos: los cardenales sin embargo irán en carruajes y separadamente; y esto lo hacen porque si se atuviesen al ceremonial se les originarian muchos gastos.

El Papa pronunciará una homilia durante esta ceremonia. Los cardenales reaccionarios se han opuesto bajo el pretexto de que la fiesta (*funcioné*) durará mucho tiempo, y que se verian obligados á retirarse á sus casas de noche. Sobre esto el cardenal Micara, el dean del sacro colegio, respondió: «Si los señores cardenales se van durante la homilia, bien; nosotros nos quedaremos, y esto bastará.» El Papa, que tambien oyó la objeccion, dijo: «Si es de noche cuando se concluya, los señores cardenales se volverán á sus casas con linternas, y nosotros con antorchas.»

Despues de la toma de posesion es costumbre publicar un jubileo por 10 dias: el Papa lo ha decretado para el advenio próximo, y ha declarado que durante los 10 dias del jubileo predicará él mismo todos los dias en San Pedro. No puede imaginarse el efecto que esta manifestacion del Padre Santo ha causado en los cardenales reaccionarios: no ha habido medio que no hayan empleado para hacer que Su Santidad desistiese; pero todo ha sido en vano; su voluntad no encuentra obstáculos. Por fin han ensayado el medio de la adulacion, y han dicho que si el Padre Santo predica, todos se van á sofocar en San Pedro, y que van á resultar muchas desgracias. A esto el Papa ha respondido: «Veremos el primer dia: si efectivamente fuese tanto el genio que concurriese que pudiera originarse alguna desgracia, yo lo remedié en los siguientes predicando en la plaza y al aire libre; no hay temor de que ninguno se sofoque.»

Las reformas interiores marchan sin interrupcion, y con ansia y confianza aguardamos el dia de mañana, pues se anuncia la publicacion de nuevas mejoras y reformas, todas del mayor interes. (Gac. de Augsb.)

AUSTRIA.

Viena 7 de Noviembre.

La suerte de los niños que trabajan en las manufacturas ha despertado tambien entre nosotros la solicitud de nuestros gobernantes. En vista de la proposicion de la caucilleria, la Cámara imperial se ocupa de la revision de las leyes vigentes acerca de esta materia. (Gac. de Augsb.)

Orillas del Elba 6 de Noviembre.

Podemos anunciar positivamente que el tratado de comercio concluido entre el Zollverein é Inglaterra en 1841 no se renovará; este servicio se debe á un Gobierno de la Alemania meridional que ha demostrado siempre su celo en favor de los intereses del Zollverein. Ahora es llegado el momento de deducir algo sobre la adopcion del sistema de los derechos diferenciales.

Van á presentarse dos proyectos; uno del Sr. de Roenne, y el otro del Sr. de Armin. Ambos tienen por objeto proteger el pabellon nacional é introducir el sistema de reciprocidad. El Sr. de Roenne quiere que se establezcan los derechos diferenciales por una ley, y el Sr. de Armin por tratados. El partido financiero

del Sr. de Roenne combate los derechos diferenciales; pero este partido ha sucumbido, puesto que no se ha de renovar el tratado con Inglaterra. (Corresp. de Nuremberg.)

FRANCIA.

Paris 15 de Noviembre.

El obispo de Syda (Siria) ha dirigido últimamente á un sacerdote maronita, que se halla en la actualidad en Paris, una carta, en la cual expresa la deplorable situacion de los cristianos del Libano. La carta, bastante extensa, termina con un enérgico llamamiento á las simpatias de la Francia.

Los hechos de que habla el obispo de Syda son bien conocidos y no son recientes; mas las desgracias causadas por los drusos no han sido reparadas despues de la pacificacion.

Hé aqui algunos rasgos del cuadro trazado por el prelado sirio:

«Todo lo que no ha sido consumido por el fuego ha caido en poder de estos bárbaros (los drusos). ¿Quién es capaz de referir cuánto nos han robado en cobre, en plata, en candelabros, en candelas, vestidos, adornos sacerdotales, calices y otros efectos? Añadamos á esto los caballos, mulas, camellos, bestias de carga, bueyes, carneros y cabras. Además se han apoderado de nuestros contratos de viñas, huertas, tierras; se han llevado tambien los registros de todas las iglesias, de las casas y escuelas en todas las aldeas y comarcas habitadas en comun por los cristianos. Los muebles han sido saqueados ó pasto de las llamas; los contratos de los inmuebles han sido arrancados con violencia de manos de sus propietarios. Todavía no contentos con esto aumentan la miseria de sus víctimas imponiéndoles cinco años de tributo. Sin duda consideran á los maronitas como esclavos conquistados con la punta del sable.»

Es imposible formar una justa idea de las considerables pérdidas que hemos experimentado, cuando por segunda vez han venido nuestros enemigos á asolarnos. Desde este momento toda seguridad ha desaparecido, porque la existencia del tributo de cinco años, que han hecho pesar sobre nosotros, nos ha puesto bajo la completa dependencia de estos crueles enemigos, usurpadores de nuestros bienes. Por segunda vez han incendiado los edificios de la silla episcopal y los de la escuela, que vos y yo hicimos reconstruir, reponiéndola en su primer estado. Han robado todo lo que nos pertenecía; el valor de los objetos que nos han arrebatado puede calcularse en la suma de 150,000 piastras, sin contar los calices propios de la dignidad episcopal, la mitra y la cruz, los ornamentos sacerdotales, los vasos, los enseres de la escuela y sus ingresos, los de todas las iglesias de las diócesis, que se conservaban en el tesoro de la silla episcopal, y hasta el grande anillo de que usabamos en las misas solemnes. Este anillo bendito ¿quién le usa actualmente en nuestro lugar? Tal vez el druso El-Sheich-Said-djanbatai, nuestro nuevo gobernador.

Todos los objetos que nos han sido arrancados estan en poder de dos drusos, llamado el uno Yousouf-Abou-Hasau de Batabir y el otro Hosin-Abou-Zabiré de An-Can-El Shouf. Nosotros nos encontramos en medio de nuestros enemigos sin poseer otra cosa que el vestido que cubre el cuerpo. Bendito sea el nombre Dios!

El *Chronicle* de Limerick (Irlanda) refiere una ocurrencia tan horrible que no se puede leer sin estremecerse. En el *Workhouse* (casa donde recogen á los pobres de la ciudad) de Ennistymon aconteció un hecho la semana pasada tan espantoso que apenas parece creible. El superintendente del establecimiento hizo levantar de la mesa á dos pobres criaturas, un niño y una niña que estaban jugando durante la comida, y los mandó encerrar en una especie de calabozo que llaman el cuarto oscuro, y que sirve como casa de correccion para los chiquillos traviesos. Desgraciadamente el superintendente se olvidó enteramente de aquellos infelices, y no dió ningunas órdenes á los criados del establecimiento para que los sacasen de allí ó les llevasen alimento. Al cabo de dos dias, algunas de las pobres mugeres, habitantes de la casa, preguntaron por los niños, y entonces se mandó á uno de los sirvientes que fuese á sacarlos de su prision; pero así que se abrió la puerta del calabozo, el hombre se quedó petrificado de horror viendo á los dos inocentes tendidos en el suelo, abrazado el uno con el otro, ya yertos y enteramente exánimes. El superintendente ha sido puesto en la cárcel, y se le formará causa.

PORTUGAL.

Liboa 18 de Noviembre.

Leemos en el Boletín oficial de Braganza, núm. 12:

Ilmo. y Excmo. Sr.: Me cabe la honra y la satisfacción de participar á V. E. que ahora mismo, que son las cuatro y me-

dia de la mañana, acaba de llegar parte del Excmo. Sr. baron del Casal al gobernador civil de este distrito, anunciando que las fuerzas mandadas por Bernardo de Sa-Nogueira, ex-viceconde de Sa-da-Bandeira, fueron completamente batidas y derrotadas, no escapándose ni un solo jefe de las guerrillas, y solo Sa-Nogueira pudo esconderse; pero se le busca por todas partes.

Los regimientos 15 y 3 y demas tropa de los sublevados se pasaron luego á nuestra brigada, y fueron los que mas estragos hicieron en las guerrillas facciosas. Aquí todo es júbilo y placer en este momento, y he tomado la resolución de comunicar á V. E. por un extraordinario tan interesante noticia, considerando que V. E. no tendrá quien se lo trasmita con la prontitud necesaria.

Dios guarde á V. E. Cuartel de Chaves 17 de Noviembre de 1846.—Ilmo. y Excmo. Sr. baron de Vinhaes.—José Joaquín Correa d'Almeida.—Braganza 18 de Noviembre de 1846.

NOTICIAS NACIONALES.

Barcelona 16 de Noviembre.

El domingo al medio día tuvo lugar en los salones de la sociedad filarmónica, bajo la presidencia del M. I. Sr. gefe político, la distribución de las limosnas, producto de la suscripción que se abrió para socorrer á los pobres en celebridad del doble enlace de S. M. y A. Concluida la sinfonía de la Caritea, que ejecutó con notable precisión la acreditada orquesta de la sociedad, leyó el presidente accidental de la misma, Sr. marques de Latorre, el sentido discurso que á continuación copiamos. Luego fueron entrando los pobres designados, y se entregó á cada uno, según sus necesidades, una manta muy capaz y una camisa de tela, ó bien la cantidad de 40 rs., valor de dichas dos prendas.

Durante este reparto, la orquesta desempeñó con perfección la sinfonía de la Norma, y ademas un airoso wals de Straus, finalizando el acto con una breve y elocuente improvisación del Sr. gefe político, con que felicitó á la sociedad por haber celebrado tan dignamente el enlace de sus excelsas protectoras, añadiendo que los actos de beneficencia, en medio de las diversiones honorosas, producen dulces emociones en el corazón y en el alma; y que en ocasiones semejantes secundará siempre por su parte esos rasgos de generosidad y filantropía, como lo ha hecho en la presente.

Mas de ciento han sido los pobres de ambos sexos á quienes han alcanzado las limosnas de la sociedad, habiéndose la mayor parte presentado en el acto, excepto algunos que por su carácter de vergonzantes las han recibido privadamente.

Estaban ya desocupándose los salones cuando se agolparon á sus puertas otro crecido número de pobres, quienes fueron socorridos con el donativo de 4 rs. cada uno.

La escogida concurrencia que llenaba los salones, entre la que se distinguían, á mas del Sr. gefe político, los Sres. párrocos de S. Jaime, S. José y S. Agustín, Sr. alcalde del barrio &c., quedó sumamente complacida del acto de caridad cristiana que ha ejercido la sociedad. Lágrimas de ternura vimos brotar de hermosos ojos al contemplar á tantos desgraciados que bendecían

mo las ropas ó dinero que se les entregaban; y en medio de la conmoción que asimismo experimentamos, no pudimos menos de felicitar á nuestra vez de todo corazón á la sociedad filarmónica por sus generosos y benéficos sentimientos.

Hé aquí el discurso:

«Señores: La sociedad filarmónica de Barcelona, inaugurada bajo los auspicios y presidencia de S. M. y A., no podía mostrarse indiferente en los momentos en que el doble enlace de sus augustas protectoras ha derramado el júbilo en toda la nación, presagiándola un porvenir de prosperidad y ventura. Deseando desde luego hacer públicos los sentimientos de gratitud, lealtad y adhesión de que se halla animada, escogió los medios de realizarlo tan cumplidamente como le fuese posible. ¿Y qué otro modo, señores, mas á propósito para satisfacer sus deseos, ni que apareciese mas digno á los ojos de las excelsas desposadas, que proporcionar un socorro á los pobres, á esa fracción infortunada de la humanidad que ha diseminado Dios entre las clases acomodadas, sin duda para excitarlas á ejercer la mas pura y sublime de las virtudes?»

Sabido es, señores, que hasta á los últimos asilos de la miseria alcanza la mano benéfica que desde la altura del Trono se complace en enjugar las lágrimas de la indigencia: nuestras autoridades locales, en medio del bullicio de los memorables tres días, han rivalizado asimismo en esos rasgos filantrópicos que

tanto las distinguen. Imitadora pues la sociedad filarmónica de tan virtuosos y dignos ejemplos, é íntimamente convencida de que la gloria del arte que cultiva solo se presenta con todo su esplendor cuando la acompañan los nobles sentimientos del alma, abrió una suscripción para socorrer á los pobres del barrio y demas que fuese posible. El resultado ha sido tal como era de esperar de la generosidad de los Sres. socios. La junta de gobierno, unida á una comisión de suscritores, y secundada por el buen celo de los Sres. párrocos y alcalde de barrio, ha procedido á la designación de las personas mas acreedoras, por todos conceptos, á la beneficencia pública.

Procedamos en consecuencia á la repartición de las limosnas, producto de nuestra suscripción: seamos caritativos, señores, porque la caridad es la mejor piedra de toque del corazón humano: imitemos á nuestras inmortales protectoras: sigamos el ejemplo de nuestras autoridades: demos un público testimonio de que en medio de los puros, de los célicos goces del arte, objeto primordial de nuestra sociedad, no echamos en olvido los lamentos de la indigencia: trabajemos finalmente de consuno para que por medio de este y de los sucesivos actos de generosidad pueda en adelante enavanzarse la sociedad filarmónica con el hermoso y sublime dictado de sociedad benéfica. (Fom.)

MADRID 25 DE NOVIEMBRE.

Las autoridades del departamento de los Bajos-Pirineos han logrado capturar en las inmediaciones del pueblo de Aiguatebia una partida de 46 individuos carlistas, que, evadidos de los depósitos, intentaban penetrar en España.

Según nos escriben de Perpiñan los nombres de estos sujetos son los siguientes:

D. Pascual Jamahundi y D. Miguel Cortaza, coroneles; Don Mateo Campe y D. Antonio Blanch, tenientes coroneles; D. Rafael Sabater, comandante; D. José Camprado, D. Francisco Sallés, D. Buenaventura Nandi, D. Raimundo Gavanes, D. Tomas Miz, D. Antonio Sobreviat y D. Adutorio Espona, capitanes; D. Jorge Royo, D. Isidoro Bager, D. Manuel Zarrage, Don Miguel Capdevila, D. Manuel Martín, D. Francisco Carnicer, Don Juan Sobreviat, D. Joaquín Maynet, D. Pedro Tenas, D. Tomas Perez, D. Francisco Casas, D. Antonio Escara y D. Quirico Valls, tenientes; D. Francisco Dicon y D. Juan Capellán, subtenientes; el sargento José Tió, y los soldados Francisco Blas, Francisco Campano, Antonio Martínez, Mariano Lante, Francisco Casuella, Pedro Morós, Antonio Lafout, Simon Catalá, Baldivio Bala, Jaime Planas, Carlos Comas, Jaime Corominas, Juan Huguet, Eudaldo Gibert, Pedro Estang, Antonio Saín y Joaquín Pallas, y el propietario Miguel Arago.

SOCORROS A LOS QUE HAN PADECIDO

POR LAS INUNDACIONES DEL LOIRA. (FRANCIA.)

El Excmo. Sr. embajador de Francia, impulsado por los tristes acontecimientos que han sumido en la alicción á los que han sufrido las inundaciones del Loira, y sabiendo que los franceses no conveniente abrir una suscripción en la cancillería de la embajada para recibir los nombres y la indicación de la cantidad por la cual se quieran suscribir espontáneamente. Al mismo tiempo ha creído que hallándose tan distante la embajada de Francia, convenia para comodidad de los suscritores abrir otra lista en el centro de Madrid, y siendo el sitio mas oportuno para esto la librería de Mouier, tambien se podrán dejar los nombres en ella é indicar la suma del socorro.

En una época dada se formará en la embajada francesa un estado de las dos listas, y se enviarán recibos á las personas interesadas con el sello de la cancillería, y por la suma por que cada cual se haya suscrito. El total, con la lista de los suscritores, será entregado en Paris por conducto de S. E. á la dirección general de los socorros para los inundados.

DIRECCION GENERAL DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS.

El día 1º del próximo Diciembre, á la una de su tarde, tendrá lugar en dicha dirección general el sorteo de las 369 acciones del empréstito de 8 millones aprobado por la ley de 16 de Agosto de 1841 para la habilitación de la carretera de la Coruña que, con arreglo á lo dispuesto por el art. 3º del reglamen-

to del citado mes y año, en ejecución de la referida ley deben amortizarse en el presente.

A la misma hora de la una del día 12 del propio mes de Diciembre se verificará en dicha dirección el sorteo de las 414 acciones que igualmente deben amortizarse, correspondientes al empréstito de 9 millones, aprobado por la antedicha ley para la habilitación de la carretera de Valencia por las Cabrillas, conforme al reglamento citado, debiendo advertirse para conocimiento de los interesados en este empréstito que las entretenidas operaciones que despues del primer sorteo exige la reorganización de las bolas y demas útiles, imposibilitan la realización del segundo sorteo del expresado día 12.

Madrid 21 de Noviembre de 1846.—El director general, M. V. y Limia.

VARIEDADES.

BIOGRAFIA DE ALEJANDRO DUMAS.

Acababa de cumplir 20 años cuando mi madre entró una mañana en mi cuarto, se aproximó á mi cama, me abrazó llorando y me dijo: amigo mio, acabo de vender todo lo que tenemos para pagar nuestras deudas.

—¿Y qué haremos, madre mia?

—¿Qué haremos! pobre hijo mio, pagadas nuestras deudas nos quedan 255 francos.

—¿De renta?...

—Mi madre se sonrió tristemente.

—¿En todo? añadió.

—En todo.

—Pues tomaré esta tarde los 55 francos y marcharé á Paris.

—¿Y qué harás allí, pobre amigo mio?

—Veré á los amigos de mi padre, el duque de Bellune, que es Ministro de la Guerra, y Sebastiani, tan poderoso en la oposición como los otros lo son en el favor. Mi padre era mas antiguo que todos ellos como general, y ha mandado en gefe cuatro ejércitos, teniendo á algunos de ellos de ayudantes de campo, y á casi todos bajo sus órdenes. Ahí tenemos una carta de Bellune que manifiesta que á la influencia de mi padre debe el favor de que gozó para con Bonaparte; una carta de Sebastiani en que le da gracias de haber obtenido por su mediación el formar parte del ejército de Egipto; cartas de Jourdan, de Kellermann, de Bernadotte mismo. ¡Y bien! yo iré hasta Suecia, si es preciso, á hablar al Rey, y traerle á la memoria sus recuerdos de soldado.

—Y yo, durante este tiempo, ¿qué haré?

—Tienes razón; pero tranquilízate; no tendré necesidad de hacer mas viaje que el de Paris. Así pues esta tarde salgo.

—Haz lo que quieras, me dijo mi madre abrazándome por segunda vez, puede ser una inspiración de Dios, y salí.

—Salté de mi lecho, mas colérico que contristado con las noticias que acababa de saber. Iba yo á mi vez á ser útil para alguna cosa, á tributar á mi madre, no los desvelos que se habia tomado por mí, porque era imposible; pero si á evitarla esos tormentos que la estrechez trae consigo, asegurar con mi trabajo los pocos años que la restasen de vida, á ella, que habia velado con tanto esmero por mi juventud. Me consideraba ya hombre, pues que la existencia de una muger iba á estar á mi cuidado. Mil proyectos, mil esperanzas ocupaban mi mente; tenia, ademas del gozo y el orgullo en el corazón, esa confianza en el éxito, que es una de las virtudes de la juventud, porque prueba que los demas pueden contar sobre uno, como uno se figura poder contar sobre ellos. Yo creía por lo tanto imposible no obtener todo lo que pidiera al decir á esos hombres de los que dependía mi porvenir: «Lo que reclamo de vosotros es para mi madre, para la viuda de vuestro antiguo compañero de armas; para mi madre, mi buena madre.»

Si, ¿no hay una madre tan buena como la mia! Tan buena, que á causa del amor que me profesaba era yo ineapaz de todo, excepto de echarme al fuego por ella.

—Porque, gracias á este amor excesivo, no habia jamas querido apartarse de mí; y como nació en Villers-Cotterets, pequeña aldea de 2000 almas á lo mas, los recursos para mi educación no fueron muy grandes; aun cuando es verdad que los que el pueblo ofrecia bajo este concepto habian sido utilizados en mi favor. Un buen cura á quien todos amaban y respetaban, mas por su cariño é indulgencia hacia sus feligreses que por su saber, me habia dado durante cinco ó seis años lecciones de latin, y hecho componer algunos versos. En cuanto á la aritmética,

jóven quebrantado por el cansancio, te encuentras ahora frente á frente con un hombre robusto y decidido... á quien tú, Malescot, no asesinarás esta vez, lo prometo.

—Puede ser que sí, dijo este lanzándose á sorprender á su contrario.

Mas el otro huyó el cuerpo, y dejándose perseguir como por trofa, continuó:

—¿No lo creo!... Oyeme, Malescot; tú has robado mis riquezas, has usurpado mi nombre, todo me lo has quitado; y á pesar de eso no es la venganza lo que aquí busco. ¿Yo vengarme de ti! ¿Qué indecencia: ¿y para qué? Te gané mis riquezas, y en cuanto á mis títulos, me aguardan allá... ¿En Francia... en Francia donde se ignora que un miserable calafate...

—Oh, espérame pues, interrumpió Malescot; tú que dices que tengo miedo, aguárdame ahora; ¡yo te desafío!

—Paciencia, y óyeme aun... He hallado en el mundo un ángel, hija de un ladrón y asesino; ese ángel es mi esposa; yo soy el marques de San Juan, y según las leyes, ese ladrón y asesino debe llamarse mi padre... Preciso es que ese hombre muera ¿no es verdad? Y deberá morir por mi mano, pues en otro caso los tribunales me impondrían una muerte pública, afrentosa. ¿Qué se conseguiría con esta justicia sino hacer público tal escándalo? No, un velo impenetrable debe cubrir su muerte como esa niebla que nos rodea. Su cadáver necesita por tumba un abismo como el que para ti va á abrirse, puesto que tu hija es mi esposa!

Solo una palabra habia anonadado al calafate, ¡su hija! Esta palabra se deslizaba aun á través de la dura corteza que embataba sus sentimientos excitando en él un temerario.

—No me comprendes, según eso; prosiguió Lancel alfojando su marcha; tú eres el padre de mi esposa, y mi esposa debe alzarse ya tu rabor su frente. No me vengo, me purifico... Pero basta ya de palabras; ¿no es cierto? Obiémoslos pues. ¿Te acuerdas, Malescot, de cierto cable... una arma terrible y de que tan bien

FOLLETIN.

EL CLUB DE LOS FOCAS.

VI.

(Conclusion.)

Apareció el sol radiante al otro día; al llegar los de la apuesta presentaba la cascada un magnífico cuadro; de entre aquella masa de agua, que caía impetuosamente, se elevaba una espesa y cristalina niebla que, atravesada por los rayos del sol, reflejaba los colores del prisma, formando su inmenso arco como una resplandeciente diadema sobre aquel horroroso abismo. Parece que nos será lícito creer que nuestros dos campeones no hicieron apenas caso de esto, sino que de una ojada midieron la distancia del salto que iban á dar. Mas no llegaron por eso á caer; el marques no podia retractarse, por cuanto en ello estaba empeñada toda su fortuna; en cuanto á Mr. Lancel parecia que le impedia una fuerza irresistible y misteriosa; contemplaba la cascada con ojos ávidos mas bien que tímidos, y al fijarse en su adversario tomaban una expresion amenazadora sus miradas.

Los del bando de Lancel, capitaneados por su gefe, costearon la ensenada, apareciendo bien pronto en la orilla opuesta frente á frente de los del bando de San Juan, colocados ordenadamente detras del marques. La distancia que les separaba y el estruendo del agua no les permitia hablarse sino por señas, por cuya razon dos comisionados nombrados de antemano agitaron á un tiempo mismo sus pañuelos, y los dos gladiadores aúlbios se arrojaron al punto al agua: pocos minutos despues aparecieron ambos á gran distancia de la tierra. Airosos de la prueba del salto los dos contendientes, despues de haber subido la corriente de comun acuerdo, comenzaron las hostilidades.

Memorable fue el duelo aquel, pu sto que tenia lugar entre

los dos focas mas diestros de que hay memoria entre los aúlbios. Sus cabezas aparecian alternativamente con una mágica rapidez, ambos fingian ataques, se retiraban luego, se sumergian incesantemente; la galería de espectadores aplaudian fuera de sí de gozo, y ya una porción de veces arrebatado Mr. Smithson se habia abrazado con Pitt, sin que se advirtiese por parte de alguno la menor ventaja. De repente á lo mejor de la lucha, sacudiendo un golpe de viento, el agua extendió la niebla como una densa cortina sobre el espectáculo, y los espectadores desorientados advirtieron con dolor que nada podían ya ver absolutamente.

Lo mismo fue aquel golpe teatral para los luchadores que para los de la galería. Apenas advirtió Mr. de San Juan el muro de espuma que entre sus testigos y ellos se alzaba, propuso á Mr. Lausel suspender la lucha; mas no era de tal dictamen este, puesto que echándose á reir con aire de mofa, le preguntó cual si le dijese una cosa indiferente:

—¿Será que tengas miedo ahora, buen Malescot?

No intentaremos pintar el asombro de este, que quedó inmóvil cual si le hubiese herido un rayo. Lancel continuó:

—¿Te incomoda esa niebla? Mas densa la habia en la punta de la Varde, y sin embargo la oscuridad era lo que menos te importaba... ¿Te acuerdas, Malescot, qué buen tiempo nos hizo aquella noche?

El calafate apenas habia llegado á entrever su victima; mas aquel nombre de Malescot, tan á propósito para reavivar sus recuerdos, fue para él un rayo de luz, y manifestando en alta voz las ideas que le agitaban, murmuró:

—¿No le dejé bien muerto entonces!

—Poco faltó en verdad, Sr. de San Juan, replicó Lancel burlándose siempre. Para conseguirlo no omitisteis esfuerzo alguno; preciso es hacerlos justicia... ¿Mas no admiráis como yo la singular conformidad de casos? El agua, la soledad, el ruido, el hombre que os busca para luchar... todo es idéntico, exceptuando sin embargo una insignificante circunstancia. En vez del

tres maestros de escuela habían sucesivamente renunciado á hacerme comprender las cuatro primeras reglas; pero en cambio, y bajo otros muchos conceptos, poseía las ventajas físicas que da una educación agreste; es decir, que montaba todos los caballos que se me presentaban, que caminaba 12 leguas para ir á bailar un vals, que tiraba con alguna habilidad la espada y la pistola, jugaba á la pelota como Saint Georges, y que á 30 pasos erraba pocas veces una liebre ó un perdigon.

Estas ventajas, que me habían dado cierta celebridad en Villers-Cotterets, debían ofrecerme bien pocos recursos en París. Después de haberlo reflexionado y examinado detenida y maduramente, convine conmigo mismo en que no era bueno mas que para empleado. Todos mis esfuerzos debían pues dirigirse á procurarme un empleo en lo que se llama genéricamente las oficinas. Hechos mis preparativos, que no fueron muy largos, salí para anunciar á todos mis conocimientos que me marchaba á París.

Encontré en la calle al empresario de las diligencias, que me quería mucho, porque me había dado los primeros elementos del juego de villar, de los cuales supe aprovecharme admirablemente. Me propuso jugar la partida de despedida: entramos en el café y le gané un asiento del carruaje; lo que equivalía á un aumento sobre mis 55 francos.

En este café se hallaba un antiguo amigo de mi padre, que á mas de sus relaciones con el conservaba hacia nuestra familia algun reconocimiento; porque habiendo sido herido en una carrera, fue transportado á nuestra casa, y quedaron grabados en su memoria los auxilios que recibió de mi padre y de mi hermana.

Era este un hombre muy influyente en el país por su fortuna y por su reputación de probidad. Algunos años antes había conseguido repentinamente la elección del general Foy, su camarada de colegio. Me ofreció una carta para el honorable diputado; la acepté, me abrazó, y me retiré tranquilamente.

Iba á despedirme de mi digno cura, del que esperaba un largo discurso moral sobre los peligros de París, las seducciones del mundo &c. &c. El buen hombre aprobó mi resolución, me abrazó con las lágrimas en los ojos, porque era su discípulo predilecto; y cuando le pedí algunos consejos, que no me daba, abrió el Evangelio y me señaló estas solas palabras: «No bagas á otro lo que tú no quieras que bagan contigo mismo.»

La misma tarde me puse en camino en medio del gran desconcielo de mi madre, que no me había jamás perdido de vista; pero que se consoló pensando que mis 55 francos no me durarían mucho tiempo, y que por consecuencia no tardaría en volverme á ver.

Por lo demás, yo entraba en el mundo con las ideas de religión y de moral completamente falseadas. Materialista y voltiano hasta la medula de los huesos, colocaba al compadre Matieu y á Fobias en el rango de los libros elementales; prefería Pigault-Lebrun á Walter Scott; en fin, hacia versos por el estilo de los del cardenal de Bernis y de Evaristo Paruy. Mis opiniones políticas estaban ya formadas en aquella época; eran en cierto modo instintivas: mi padre me las había legado al morir; desde entonces se han racionalizado, pero no han sufrido cambio alguno. Mi gusto hacia la poesía ligera provenía quizás de que yo había nacido en la habitación donde murió Desmousters.

Con esta suma intrínseca de cualidades físicas y de conocimientos morales entre en una modesta fonda de la calle de Saint-Germain, l'Auxerrois, convencido de que se calumniaba á la sociedad, que el mundo era un jardín con flores de oro, cuyas puertas debían abrirseme, y que ya no tenía como Ali-Baba, mas que pronunciar la palabra *sesamé* para dividir las rocas.

Escribí la misma tarde al Ministro de la Guerra para pedirle una audiencia. Le detallaba mis derechos á este favor, apoyándolos en el nombre de mi padre, que no podía haber olvidado, y le traía á la memoria la antigua amistad que les había unido, pasando en silencio por delicadeza los servicios prestados, pero una carta, que á prevención traía conmigo, era la prueba incontestable.

Me acosté en seguida, y soñé con los cuentos de Mil y una noches.

Al día siguiente compré un almanaque de 25,000 señas, y me puse en camino.

La primera visita que hice fue al mariscal Jourdan. Se acordaba, aunque muy vagamente, de que había existido un general llamado Alejandro Dumas; pero no tenía presente que jamás le hubiese dicho que tenía un hijo. A pesar de todo lo que le dije, me separé de su casa á los diez minutos, dejándole poco convencido de mi existencia.

Marché á casa del mariscal Sebastiani. Estaba en su despacho: cuatro ó cinco escribanos lo que él les dictaba; cada uno de ellos tenía sobre la mesa, además de su pluma, su papel y su

cortaplumas, una caja de oro para tabaco, que presentaban abierta al general cada vez que pasando por allí se paraba delante de alguno. El general introducía delicadamente el índice y el pulgar de una mano, que su primo segundo Napoleon, había envidiado por la blancura y coquetería, saboreaba voluptuosamente el rapé español, y como el *Malade imaginaire*, se ponía á medir el cuarto, unas veces á lo largo, otras á lo ancho. Mi visita fue corta; por consideraciones que tuviese para con el general, sentía poca vocación á ser porta tabaqueras.

Volví á mi fonda un poco desanimado. Los dos primeros hombres que encontré habían soplado mis flores de oro y las habían machitado. Tomé segunda vez mi almanaque de las 25,000 señas, pero ya mi confianza había desaparecido, y experimentaba esa opresión de corazón que va creciendo á medida que llega el desengaño: hojeaba el libro á la ventura, mirando maquinalmente y leyendo sin comprender, cuando vi un nombre que había oído algunas veces pronunciar á mi padre, con tanta elocuencia que me conmovía de júbilo. Era el del general Verdier, que había servido en Egipto á las órdenes de mi padre. Me metí en un cabriolé, y me hice conducir á la calle del barrio Montmartre, número 4, que era donde habitaba.

—El general Verdier, pregunté al portero.
—En el cuarto piso, una puerta pequeña á la izquierda. Se lo hice repetir otra vez, á pesar de haberlo entendido perfectamente.

—¡Padiez! decía yo entre mí subiendo la escalera, hé aquí al menos una cosa que no se parece ni á los lacayos con librea del mariscal Jourdan, ni al suizo del hotel-Sebastiani. El general Verdier, en el cuarto piso, la puerta de la izquierda. Este hombre debe acordarse de mi padre.

Llegué á mi destino. Un modesto cordon verde pendía cerca de la puerta designada. Tiré de él con una palpación del corazón que no pude contener. Aguardaba esta tercera prueba para saber á qué debía atenderme respecto á los hombres.

Oí pasos que se acercaban: se abrió la puerta, y se presentó un hombre de unos 60 años. Estaba cubierto con un casquete de astracán bordado, un sobretodo con mangas; tenía en una mano una paleta llena de colores, y en la otra un pincel. Creí haberme equivocado, y miré las otras puertas.

—¿Qué queréis? me dijo.
—Presentar mis respetos al general Verdier. Pero es probable que me haya equivocado.

—No, no, no os equivocáis: es aquí.
—Entré en un estudio de pintura.

—Con vuestro permiso, me dijo el hombre con el casquete en la mano, volviendo á su asiento delante de un cuadro que representaba una batalla, en cuya composición le había interrumpido.

—Vd. le tiene; si queréis indicarme dónde hallaré al general....

—El pintor se volvió. Pues soy yo, me dijo.

—¿Vos? y hije mis ojos en el con un aire tan mareado de sorpresa que se echó á reír.

—Os extrañará verme manejar el pincel, ¿no es esto? después de haberme oído decir poco antes que manejaba con alguna habilidad el sable. ¿Qué queréis! tengo la mano, y es preciso que la ocupe en alguna cosa. ¿Pero que se os ofrece? veamos.

—General, le dije, soy el hijo de vuestro antiguo compañero de armas en Egipto, Alejandro Dumas.

—Volvíose vivamente del lado que estaba yo, miróme con la mayor atención, y después de un instante de silencio me dijo: —A fe mía que es verdad; sois su vivo retrato.

Las lágrimas se le vinieron al mismo tiempo á los ojos, y dejando su pincel me tendió cariñosamente la mano, que yo tenía mas deseo de besar que de oprimir.

—¿Qué os trae á París, pobre muchacho? continuó, porque si la memoria no me es infiel, viviais con vuestra madre en no sé qué pueblo.

—Es verdad, general, pero mi madre envejece y somos pobres. He venido á París con la esperanza de obtener un empleo para mantenerla, como ella me ha mantenido hasta ahora.

—Muy bien hecho; pero un empleo no es muy fácil de obtener en los tiempos que corren; hay muchos nobles por colocar, y para ellos todo es bueno.

—Pero, general, yo he contado con vuestra protección.

—¡Mi protección! me dijo sonriéndose amargamente; si quieres, amigo mio, tomar lecciones de pintura, mi protección llegará hasta dárte las, y ni aun serás jamás un grande artista, si no sobrepujas á tu maestro. ¿Mi protección? ¡Bien! Te agradezco esta palabra, mas creo que no haya nadie en el mundo que haya podido aconsejar que me la pidas.

—¿Cómo?
—Porque esos villanos no me han dado el retiro bajo el

pretexto de no sé qué conspiración; de modo que, como ves, pinto cuadros. Si quieres ayudarme hé ahí una paleta, pinceles y lienzo.

—Gracias, general, nunca he sabido hacer mas que ojos; además mi aprendizaje sería muy largo, y ni mi madre ni yo podemos aguardar.

—¿Que quieres entonces, amigo mio? Hé aquí todo lo que te puedo ofrecer... ¡Ah! y además la mitad de mi bolsillo; no había caído en ello, á pesar de que no vale la pena. Abrió en esto el cajón de un escritorio, en el cual había dos monedas de oro y unos cuantos francos en plata.

—Os lo agradezco, general: soy poco mas ó menos tan rico como vos. Entonces era yo el que vertía lágrimas de reconocimiento. Os doy gracias; pero os suplico que me aconsejéis lo que haya de hacer.

—¡Oh! sobre este punto te daré los consejos que quieras. Veamos qué has hecho.

Y esto diciendo tomó el pincel, y continuó su tarea.

—He escrito al mariscal duque de Bellune.

El general, dibujando, como estaba, una figura de cosaco, hizo un gesto que podía traducirse por estas palabras: «Si no cuentas con otra protección que la suya, estás aviado.»

—Tengo tambien, añadí comprendiendo su pensamiento, una recomendación para el general Foy, diputado por mi departamento.

—Eso es otra cosa. ¡Bien, hijo mio, te aconsejo no esperar la contestación del Ministro; mañana domingo preséntate con la carta al general, y tranquilízate, que te recibirá bien. Entretanto, si quieres comer conmigo, hablemos de tu padre.

—Con mucho gusto, general.

—Pues bien, déjame ahora trabajar, y vuélve á las seis.

Me despedí del general Verdier, y bajé los cuatro pisos mas satisfecho que los había subido; las cosas y los hombres empezaban á presentarme bajo su verdadero punto de vista, y el mundo, que me había sido desconocido hasta entonces, se desarrollaba á mis ojos tal como Dios y el diablo le han hecho, mezclado de bueno y de malo con manchas de peor.

Al día siguiente me presenté al honorable general Foy. Fui introducido en su despacho, donde trabajaba en su historia de la Península. En el momento en que entré escribía de pie sobre una de esas mesas que se alzan ó bajan á voluntad; á su alrededor estaban esparcidos, en aparente confusión, discursos, mapas y libros entrecubiertos.

Volvióse al oír abrir la puerta de su santuario con la viveza que le era tan habitual, y clavó en mí sus ojos perspicaces. Yo temblaba.

—Sr. Alejandro Dumas? me dijo.

—Servidor vuestro.

—¿Sois hijo del que mandaba en jefe el ejército de los Alpes?

—Sí, mi general.

—Era un valiente. Me consideraré muy dichoso en poderos servir en alguna cosa.

—Os agradezco el interes que os tomáis por mí. Vengo á entregaros esta carta de Mr. Dauré (1).

—¡Oh! ¿Y cómo está?

—Se considera dichoso y satisfecho de haber hecho algo por vuestra elección.

—¡Haber hecho algo! Decid todo, me respondió rompiendo el sello de la carta. Sabed, continuó teniendo la carta abierta sin leerla, sabed que ha respondido de mí á los electores como de sí propio. Yo espero que no tendrá que arrepentirse de mi nombramiento. Veamos lo que me dice. Y esto diciendo comenzó á leerla. Os recomiendo á mí con instancia: ¿os querrá mucho?

—Como si fuese hijo suyo.

—¡Bien! Veamos, me dijo, aproximándose á mí. ¿Qué haremos de vos?

—Lo que gustéis, general.

—Es preciso ante todo que sepamos para qué servís.

—¡Oh! para muy poca cosa.

—Veamos, ¿sabéis algo de matemáticas?

—No, general.

—¿Teneis al menos algunas nociones de álgebra, de geometría ó de física? Realeaba cada palabra, y á cada palabra suya me salían los colores al rostro; era la primera vez que me ponían cara á cara con mi ignorancia.

—No, general, respondí en un tono que le hizo apercibirse de mi embarazo.

—¿Habéis estudiado leyes?

(1) A Mr. Dauré es á quien debo ser lo que soy, suponiendo que valga alguna cosa. Creo me perdonará el nombrarle. El reconocimiento es indiscreto.

te serviste tú aquella noche en que te vi por primera vez?

Y al decir esto desataba Lancel una cuerda que llevaba enrollada bajo su almilla, blandiéndola luego en torno de su cabeza.

Al verlo palideció Malecot: sea que entonces únicamente comprendiese la idea de su adversario, sea que aquella cuerda le presentase con colores harto vivos el recuerdo de su crimen, borrado hacia mucho tiempo, sintió desfallecer su ánimo, y á su vez volvió la espalda exclamando que eran desiguales las armas, y que anulaba la apuesta.

De apuestas se trata ciertamente entre nosotros, contestó Lancel, á cuyo tono burlesco iba sustituyendo un irritado acento: dime ¿eran iguales las armas cuando fuiste en ayuda de la borrasca y del viento para acabar con un pobre naufrago? Hé aquí la cuerda anudada como entonces.... Malecot, llegó tu hora.

Y el verdadero marques de San Juan descargó un golpe terrible sobre la cabeza del calafate anonadado de terror.

—¡Compasión, Sr. de Lancel, compasión! yo os lo devolveré todo.

Encogióse este de hombros, y volvió á enarbolar su arma.

—¡Ah! ¡piedad! ¡piedad!

Pero el marques redobló sus golpes. A medida que los descargaba parecía aumentarse su rabia, no cesando hasta el momento en que Malecot, convertido en sangriento cadáver, desapareció bajo el agua.

Entonces volvió á unirse con los suyos. A las solícitas preguntas de estos contestó que Mr. de San Juan, después de sostener noblemente la lucha, á consecuencia de un violento esfuerzo había desaparecido de repente. Que en su concepto se le había roto algún vaso sanguíneo del pecho, lo cual ciertamente era una desgracia.

VIII.

Como seis semanas después de este desgraciado accidente anunciaban los diarios de París que el Sr. marques de San Juan,

de regreso en Francia, había hecho borrar su nombre de la lista de los emigrados. El marques había contraído enlace en el extranjero, y volvía acompañado de su esposa y su suegra.

En el club de los nadadores Sir Juan Black, foca de poca nombradía, leyó por casualidad este párrafo.

—¿Quién es entonces ese San Juan? preguntó dirigiéndose á Mr. Smithson.

Este le contestó:

—¿Habéis visto un perro que tenga las habilidades que Pitt, sir Juan? Miradle con qué gracia ojea ese tratado de nación; ¡mirad! Pitt en efecto se ocupaba en comerse las cubiertas del tal libro.—¡No le daría ni por 100 guineas! ¿Pero no me habláis de San Juan? ¡Pobre marques! ¡Pobre amigo! ¡Fue aquella una bien de-graciada apuesta! ¡Y ese Lancel, que no se le ha vuelto á ver desde entonces!... ¡Vamos aquí, Pitt!... ¡El bribón ha puesto el libro como nuevo! ¡Jamás me ha gustado ese Lancel, sir Juan, y mi opinión es que aquella niebla nos ocultó grandes cosas en la costa de Lewis.... ¿Qué os parece?

—Yo no diré que no, Sr. Smithson.... Mas ¿sabéis vos quién es ese San Juan?

Sir Juan alargó á su cofrade el Diario; leyó el otro, y después de reflexionar algunos minutos dijo:

—¿Sabéis si ese Mr. Lancel estaba casado, sir Juan?

—Yo os diré.... me parece que sí.... ¡sí! Mr. Schupp, mi agente de negocios, me ha contado que cuando Mr. Lancel era pobre.... Ya veis, es toda una historia; se hacia llamar Williams.... no.... Eduardo solamente.... Mr. Schupp, repito, me contó que habitaban con él dos mujeres, madre é hija....

—¡Eso es! interrumpió Mr. Smithson; ¡eso es á fe mía! Después de asesinarle le habrá robado su nombre.... ¡Apuesta! añadió poniéndose en pie. ¡Yo aposteo á que ese infame Lancel se da tono en París bajo el nombre de nuestro infortunado amigo!

Nadie recogió el guante de aquel desafío.

—¡Pobre San Juan! repuso entonces con melancolía Mr.

Smithson; ¡en su tiempo no dejaba de admitirse apuesta alguna!

—El hecho es que era buen pez....

—¿Y á qué viene eso, sir Juan?

—Sí.... pero Lancel nadaba mejor.

—Nada de eso, Mr. Smithson.

—Pues bien; pongo 500 libras por San Juan.

Estas palabras, proferidas con atonadora voz, produjeron en cada anfibio el mismo efecto que el sonido de un clarín en un caballo de batalla convertido en caballo de tiro. Estremecióse todo el club, y maquinalmente se dividió en dos partes como en los felices tiempos de los San Juan y Lancel; después volviendo á su actual estado, miráronse en silencio, lo que produjo un momento de inexplicable tristeza.

—¡Ya no están aquí! exclamó Mr. Smithson volviendo á caer en su asiento.

—¡Ya no están aquí! repitieron los focas en coro.

Mr. Smithson dió un empujón á su silla con un gesto convulsivo, manifestó indicio de que alguna solemne determinación había germinado en su cerebro. En efecto, cogiendo á su perro por las patas, se adelantó en medio de la asamblea, se cuadró y con la gravedad debida dijo:

—¡Un tiempo hubo aquí dos grandes focas! ¡Paz á la memoria de sus hechos! Y ahora que ya no están entre nosotros, pasó el tiempo de nuestra gloria.... Señores, sensible me es decirlo, pero nuestras reuniones se tornan insípidas, y.... sed dichoso, señores, Pitt y yo presentamos nuestra formal dimisión.... ¡Saluda, Pitt!

Dicho esto, salió con mesurados pasos Mr. Smithson.

Aquella inesperada defección dió el golpe mortal al club. Llenos de desaliento sus miembros, siguieron todos el ejemplo de Mr. Smithson; aquella memorable institución se desplomó por su propio peso y el nombre de foca volvió á entrar por largo tiempo bajo el dominio de la historia natural.

—No, general.
 —¿Sabéis el latín y el griego?
 —Medianamente.
 —¿Habéis alguna lengua viva?
 —El italiano bastante bien, el alemán bastante mal.
 —Entonces veré si puedo colocaros en casa de Lafitte. ¿Sabéis algo de contabilidad?
 —Absolutamente nada.

—Oh! general, le dije con un acento que me pareció interesante, mi educación no ha sido bien dirigida; y así que me avergüence decirlo, no lo he notado hasta ahora; pero os doy mi palabra de honor de que procuraré reformarla.

El general se detuvo un instante.
 —Dadme las señas de vuestra casa, veré lo que puedo hacer por vos.

Al efecto me presentó tintero y papel, tomé la pluma con que acababa de escribir. Cuando la vi aun mojada, la coloqué sobre la mesa.

—¿Qué hacéis?
 —Mi general, no escribo con vuestra pluma, porque sería una profanación.

—No seas niño! he aquí una nueva.
 —Gracias.—Comencé á escribir á la vista del general, y apenas puse algunas palabras en el papel, cuando me dijo, dando una palmada:

—Nos hemos salvado!
 —¿Por qué?
 —Tenéis una excelente forma de letra.

—Dije caer la cabeza entre mis manos por faltarme las fuerzas para sostenerla. Una excelente letra, he aquí todo lo que tenía.... Este privilegio de incapacidad me estaba bien merecido.... ¡Una excelente letra!

Podía llegar á ser algún día curial: siempre era un porvenir. Tenía una excelente letra.... de buena gana me hubiera cortado el brazo derecho.

El general Foy continuó sin advertir lo que pasaba en mí: —Es verdad; yo sólo hoy con el duque de Orleans, y le hablé de vos: entrad allí, y me indicó un pequeño cuarto; habed un memorial, y escribidle lo mejor que podáis.

Obedecí con una puntualidad que habría sido una excelente recomendación para mi futuro jefe, si me hubiera podido ver.

Cuando acabé, el general Foy escribió algunas líneas al margen. Su letra contrastaba con la mía, lo que me humillaba cruelmente: en seguida dobló mi memorial, le guardó en el bolsillo, y tendiéndome la mano en señal de despedida me convidó á almorzar con él al día siguiente.

Me volví á mi familia, y hallé una carta con el sello del ministerio de la Guerra. Hasta entonces la suma de fortunas y adversidades se había repartido en mí de una manera bastante imparcial: la carta que acababa de recibir debía inclinarme definitivamente la balanza de uno y otro lado.

El Ministro me respondía que no teniendo tiempo para recibirme, me invitaba á exponerle por escrito lo que le tuviese que decir. El plattel del mal venido.

Le contesté que la audiencia que le había pedido no tenía otro objeto que el de entregarle una carta original de agradecimiento que había en otro tiempo escrito á mi padre, general en jefe; pero que no teniendo el honor de verle, me limitaba á remitirle la copia.

Al día siguiente me encaminé á la casa del general Foy, que había venido á ser mi última esperanza. Me recibió en tono alegre, lo que me pareció de buen agüero.

—Vuestra fortuna está hecha, me dijo.
 —¿Cómo?
 —Entráis en la secretaría del duque de Orleans en elase de supernumerario con 1200 francos anuales: no es una gran cosa; pero en vos está el adelantar.

—Es una fortuna; ¿y cuándo me instalaré en mi nuevo empleo?
 —Hoy mismo si queréis.
 —¿Cómo se llama el jefe?
 —Mr. Oudard: os presentareis á él de mi parte.

—Me permitis que anuncie esta buena noticia á mi madre?
 —Sí; entrad ahí y hallaréis lo necesario al efecto.

La escribi que vendiese lo que nos quedaba y viniera á juntarse conmigo: 1200 francos al año me parecían una suma inagotable. Cuando acabé, me volví con el general, que me miraba con un aire de bondad inexplicable. Esto me recordó que no le había dado las gracias. Di un salto hacia él y le abracé. El general se echó á reír.

—Tenéis buen corazón, me dijo, pero acordaos de lo que me habeis prometido; estad ahí.

—Sí, mi general, voy á vivir de mi letra: pero os prometo vivir algún día de mi pluma.

—Mientras tanto almorcemos; tengo que ir á la Cámara.

Un criado condujo una mesita al despacho, donde nos desayunamos, y en seguida me despedí del general, trasladándome en dos saltos de la calle de Mont-Blanc al Palais-Royal. Decididamente la balanza del bien sobrepujaba á la del mal.

Mr. Oudard me recibió con tan grande afabilidad, que conocí bien que no la debía á mi mérito personal: me instaló en un despacho donde trabajaban otros dos jóvenes que desde entonces fueron mis camaradas, y en el día son mis amigos.

Trataba al mismo tiempo de cumplir mi promesa y estudiar seriamente. Sabía bastante latín para proseguir por mí solo el estudio de esta lengua. Compré con lo que me quedaba de mis 55 francos un Journal, un Tácito y un Suetonio. Tenía además mucha afición á la geografía, y este fue mi estudio recreativo.

Conocía á un joven médico, y le pedí el favor de llevarme consigo á los hospitales para seguir un curso de fisiología: el mismo era buen físico y químico, y le serví de ayudante en sus experimentos, y aprendí bien pronto de estas dos ciencias lo necesario á un hombre en la sociedad. Mi constitucion de hierro me permitía suplir con el tiempo que velaba de noche lo que faltaba de día: en breve se oporó un cambio completo en mi existencia física y moral, y cuando al cabo de dos meses llegó mi madre, con dificultad me reconocí: tan serio se había vuelto mi carácter.

Entonces comenzó esa lucha continua de mi voluntad, lucha tanto mas rara, tanto mas extraña, cuanto que no tenía objeto fijo: desde entonces perseveré en aprender. Ocupado ocho horas por la mañana en mi oficina, y obligado á volver desde las siete de la tarde á las diez, sólo me quedaban libres las noches. Estas vigiliat fúebiles que me acostumbré á pasar, y que conservo todavía, hacen la consecucion de mi objeto incompreensible hasta á mis propios amigos, porque no pueden adivinar ni en qué hora ni en qué tiempo trabajaba.

Esta vida silenciosa, que se ocultaba á todas las miradas, du-

ró tres años sin producir ningún resultado visible, sin producir nada, y hasta sin experimentar la necesidad de producir. Estaba al corriente de las producciones teatrales del tiempo, en su buena y mala fortuna; pero como no simpatizaba ni con la construcción dramática, ni con la ejecución dialogada de esta clase de obras, me sentía incapaz de producir nada por el estilo sin comprender que existía otra cosa, pasándome solamente de la admiración que se dividía entre el autor y el actor, cuando en mi concepto solo Talma tenía derecho á ella.

Por este tiempo los actores ingleses llegaron á Paris. Nunca había leído una sola pieza del teatro extranjero. Anunciaron el Hamlet. Yo no conocía mas que el de Ducis. Iba á ver el de Shakspeare.

Suponed un ciego de nacimiento que recibe la vista, que descubre un mundo entero de que no tiene idea; suponed á Adán despertando despues de su creación y hallando á sus pies la tierra esmaltada de flores, sobre su cabeza el cielo resplandeciendo de estrellas, alrededor de sí árboles y frutos de oro, en lontananza un río, un hermoso y ancho río de plata, y á su lado la muger jóven, casta y desnuda, y tendréis una idea del eden encantado que se ofreció á mis ojos con esta representación.

Vi asimismo á Romeo, Virginio, Stilock, Guillermo Tell, Otel, Macreades, Kean, Zauinos. Leía, devoraba el teatro extranjero, y reconocí que en el mundo teatral todo emanaba de Shakspeare, como en el mundo real todo proviene del sol; que nadie podía compararse á él, porque era tan dramático como Corneille, tan cómico como Moliere, tan original como Calderon, tan pensador como Goethe y tan apasionado como Schiller. He reconocido que sus obras solas reúnen tantos tipos como todas las otras reunidas. En fin, que este es el hombre que ha creado mas despues de Dios.

Desde entonces se decidió mi vocacion; sentía que esta especialidad á que cada hombre está llamado se me ofrecía; tenía en mí una confianza que me había faltado hasta entonces, y me lancé con fe en el porvenir, contra el cual había siempre temido hacerme pedazos.

Sin embargo, no desconocí las dificultades de la carrera que iba á emprender. Sabía mejor que otro alguno que exigía estudios profundos y especiales, y que para hacer experimentos con éxito sobre la naturaleza viva, es menester estudiar profundamente la naturaleza muerta. Estudié unos tras otros esos hombres de genio que tienen por nombre Shakspeare, Corneille, Moliere, Calderon, Goethe y Schiller. Extendi sus obras cadáveres sobre la mesa de un anfiteatro, y con el escalpo en la mano, por espacio de muchas noches, llegaba hasta el corazón buscando la fuente de la vida y el secreto de la circulacion de la sangre. Por un mecanismo admirable llegué á poner en juego los nervios y los músculos, y he reconocido con qué admirable artificio estaban modeladas sus diferentes carnes, destinadas á cubrir los huesos que son siempre los mismos. Porque son los hombres y no el hombre los que inventan; cada uno llega por su turno, se apodera de las cosas conocidas de sus padres, hace con ellas nuevas combinaciones, muere despues de haber añadido algunas páginas mas en el libro de los conocimientos humanos, y lega á sus hijos una estrella en la via láctea. La creacion completa de una cosa la creo imposible. Dios mismo cuando creó al hombre no pudo ó no quiso inventarle, y le hizo á su imagen.

Esto es lo que hizo decir á Shakspeare, cuando un crítico estúpido le imputó el haber copiado una escena entera de un autor contemporáneo:

«Era una jóven á quien he sacado de la mala sociedad para hacerla entrar en la buena.»

Esto es lo que hizo contestar á Moliere cuando se le echaba en cara el mismo defecto.

«Tomo mis bienes donde quiera que los encuentro.»

Shakspeare y Moliere tendrán razon, porque el genio no vuela, conquista, hace de la provincia en que se establece un anejo á su imperio, la impone sus leyes, la puebla con sus súbditos, extiende su cetro de oro sobre ella, y nadie osa decir viendo su bello imperio: «Esta parte de la tierra no forma parte de tu patrimonio.» En tiempo de Napoleon la Bélgica era una provincia de la Francia: la Bélgica es en el día un estado independiente. ¿Es por esto Leopoldo mas grande ó Napoleon mas pequeño? —Alejandro Dumas.—Traducido por Gabriel Anduaga. (C. P.)

AVISOS.

Habiéndose extraviado de la casa del Excmo. Sr. marques de Espinardo, y que hoy corresponde á la del Excmo. Sr. conde de Sástago, los juros siguientes:

Uno de D. Juan Mejía Saavedra, sobre alcabalas de Sevilla, de 75,000 maravedis.

Otro de D. Francisco Antonio Calamasco, sobre alcabalas de Sevilla, de 17,650 maravedis.

Otro de D. Alonso Ortiz de Leiva, sobre las salinas de Andalucía, tierra adentro, de 22,161 maravedis.

Se anuncia en la Gaceta para que se presenten en la contaduría de dicho Sr. conde, sita en la plazuela de Santa Bárbara, núm. 1.

Madrid 18 de Noviembre de 1846.—Mariano Serrano y Burillo, contador de S. E.

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

Domingo 22 de Noviembre de 1846.

	Rs.	Mrs.
Han ingresado en este día, depositados por 742 individuos, de los cuales los 28 han sido nuevos imponentes.....	43,255	
Se han devuelto á solicitud de 32 interesados ..	30,997.	33

EL DIRECTOR DE SEVANA,
Francisco del Acebal y Arratia.

LA VILLA DE MADRID,

sociedad para la expedicion de los productos de las fábricas del reino y del extranjero y otras operaciones mercantiles.

Con arreglo al art. 9º de los estatutos, la direcciuon previene á los Sres. accionistas que del 20 al 30 de este mes se sirvan entregar en el Banco de la Union, que les expedirá el oportuno recibo provisional, el tercio 25 por 100 del importe de sus ac-

ciones, en el concepto de que caducarán las de los que dejasen de verificarlo.

Madrid 18 de Noviembre de 1846.—Miguel Safont y compañía.

PROVIDENCIAS JUDICIALES.

D. Miguel Alonso Villasante, juez de primera instancia de esta villa y pueblos de su partido judicial &c.

Por el presente se citan, llaman y emplazan á todas y cualesquiera personas que se crean con derecho á los bienes que constituyen la capellanía colativa fundada por el presbítero Don Cayetano Molina, servidera en la iglesia parroquial de Alcolea, cuyos bienes radican en término de Paterna, para que por sí ó por medio de procurador y en la forma legal comparezcan en este juzgado á decir de su derecho en el término de 30 días, pasados los cuales sin verificarlo les parará el perjuicio que haya lugar: advirtiendo que el término empezará á correr desde la publicacion en la Gaceta de Madrid; pues así lo tengo mandado por auto de hoy en los formados á instancia de D. José Suares, por sí y como curador ejemplar de su hermano D. Nicolas Suares y en el de Doña María Josefa Suares y D. Felipe Gomez de Mercado, de D. Juan Antonio Arance, como marido y conjunta persona de Doña Concepcion Gomez de Mercado, que lo es de Paterna, y de D. Francisco Fernandez de Alcolea, que solicitan la declaracion de pertenecerles en propiedad los mencionados bienes.

Y para que llegue á noticia de todos y no aleguen ignorancia, se fija el presente que firmo en la villa de Canjajar á 2 de Noviembre de 1846.—Villasante.—Por su mandado, Cristobal Lozano Carretero.

D. Miguel Alonso Villasante, juez de primera instancia de esta villa y pueblos de su partido judicial &c.

Por el presente se citan, llaman y emplazan á todas y cualesquiera personas que se crean con derecho á la propiedad de los bienes que constituyen la capellanía colativa fundada por D. Pedro de Ocaña Chavarria, servidera en la iglesia parroquial del lugar de Alcolea, cuyos bienes radican en dicho pueblo, para que por sí ó por medio de procurador y en la forma legal comparezcan en este juzgado á decir de su derecho en el término de 30 días, pasados los cuales sin verificarlo les parará el perjuicio que haya lugar en derecho; advirtiendo que el término empezará á correr desde la publicacion en la Gaceta de Madrid. Pues así lo tengo mandado por auto de hoy en los formados á instancia de D. José Suares, por sí y como curador ejemplar de su hermano D. Nicolas Suares, Doña María Josefa Suares y D. Francisco Fernandez, que solicitan la declaracion de pertenecerles los mencionados bienes.

Y para que llegue á noticia de todos y no aleguen ignorancia, se fija el presente que firmo en la villa de Canjajar á 2 de Noviembre de 1846.—Villasante.—Por su mandado, Cristobal Lozano Carretero.

SUBASTAS.

Junta municipal de beneficencia de Toledo.—Por su acuerdo se anuncia la dacion á censo reservativo de la casa núm. 51, sita en la calle Ancha, perteneciente al hospital de nuestra Señora de la Misericordia de esta ciudad, la cual ha sido capitalizada en 19,487 rs. 21 mrs. á razon del 3 por 100 sobre el producto que ha tenido en el año comun del último trienio y el aumento de una quinta parte, rebajadas cargas, y esta cantidad servirá de tipo para la subasta, deduciéndose el cánon del censo de la en que quede rematada tambien á razon del 3 por 100 con arreglo á la ley.

Las condiciones y garantías con que se efectúa la acensuacion, y bajo las que ha de girar la subasta, estarán de manifiesto en la secretaria de beneficencia.

Los que gusten interesarse en la adquisicion de esta finca concurrirán el día 16 de Diciembre próximo á las oficinas de la expresada junta, establecidas en el hospital del Rey, donde se celebrará el único y definitivo remate de diez á doce de su mañana, advirtiendo que los licitadores habrán de presentar papeletas de D. José Gomez de Alia, su administrador, para acreditar que son de abono y cumplirán las obligaciones del compromiso que contraen en la forma que prescriben las condiciones, sin cuyo requisito no tendrán voz.

Toledo 18 de Noviembre de 1846.—P. A. D. L. J., Nicanor Moreno de Vega, secretario.

TEATROS.

PRINCIPE. A las siete y media de la noche.
 1º Sinfonia.
 2º La acreditada comedia en cuatro actos y en verso, titulada

LA RUEDA DE LA FORTUNA (primera parte).

3º Boleras intermedias.
 4º La piececita en un acto, titulada

NO MAS MUCHACHOS.

CRUZ. A las siete y media de la noche.
 Despues de una sinfonia se pondrá en escena el drama nuevo, original, en cinco actos y en verso, titulado

LOS DOS FOSCARIS.

Concluido el drama se bailará por los niños del cuerpo de baile la inglesa.
 Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

INSTITUTO. A las siete y media de la noche.
 Gran funcion milagrosa por la familia americana, y exposicion de 22 cuadros disolventes por el Sr. Klisching.

EDITOR RESPONSABLE GERVASIO IZAGA.

EN LA IMPRENTA NACIONAL.